

Wolfram Fleischhauer

## **Fatal Tango**

Novela

Traducción de Carlos Fortea



How can we know the dancer  
from the dance?

William Butler Yeats  
*Among Schoolchildren*

## Prólogo

Era evidente que el funcionario no aceptaba aquella versión de los acontecimientos.

Naturalmente, aquel hombre estaba adiestrado para desconfiar. Se había dado cuenta desde el principio. El funcionario no le creía. Markus Battin se había exprimido el cerebro preguntándose qué iba a contarle. Le había costado trabajo inventar una historia convincente. Se mentía mejor cuando se conocía la verdad. ¡La verdad! Una grieta finísima en el edificio de su vida. Se había pasado días contemplando esa grieta, tratando de convencerse de que no existía. Soy víctima de un loco, se decía una y otra vez. De un redomado mixtificador.

Miró el montón de hojas que tenía delante de sí, en la mesa, el acta mecanografiada de su declaración. ¿Por qué estaban tomándole declaración? Al fin y al cabo él era la víctima. Aquella “conversación informativa” había durado dos horas. Había sido un interrogatorio en toda regla. Y ahora tenía que volver a leer aquella copia entera, rubricar cada página, revivir toda la historia solo para que ellos pudieran cerrar sus expedientes.

—Naturalmente, no puedo obligarle a leer lo que va a firmar —le había dicho el funcionario—. Pero, si este asunto tiene alguna continuidad, podría ser que este acta fuera empleada como medio de prueba. Si hay algo que está mal reproducido, podría usted tener problemas. No le llevará mucho.

¿Continuidad? ¿Qué clase de continuidad?

Aquel loco había dejado el país. Aquello no tenía continuidad más que para su hija. A Battin se le contraía el estómago al pensar en Giulietta. ¿Cómo había podido aquel tipo hacerle eso? Naturalmente, la policía también había estado muy interesada en interrogar a Giulietta. Para ahorrárselo, él había terminado por aceptar aquella investigación. Giulietta no estaba en condiciones de prestar declaración. Se encontraba en estado de shock. Eso era lo que más reprochaba a aquel demente. Lo que le había hecho a Giulietta. No hacía más que volverlo todo aún más incomprensible.

Ese Damián Alsina había querido a su hija. Habían estado juntos exactamente dos meses, pero el cambio en Giulietta era imposible de ignorar. No, no él... *ella* le había querido a *él*. Los reveses de aquel verano habían sido un duro golpe para ella. Ese había sido quizá su único defecto. No se las arreglaba bien con los fracasos. Ya le ocurría en la escuela de ballet. La eterna crítica, los gritos, las persistentes dudas acerca de sí misma, que los profesores señalaban con una precisión casi sádica. “Solo se grita a los buenos”, le había dicho él una y otra vez. “Mientras quieran acabar contigo, es que creen en ti”. Ella nunca lo había entendido. O quizá sí lo había entendido. En cualquier caso, no tenía reflejos defensivos contra todas

esas maldades. Se lo tomaba todo demasiado a pecho. Había estado seriamente preocupado por ella. Por fin, había logrado, sin duda sin sueldo y como alumna en prácticas, ingresar en una de las mejores instituciones del país, la Ópera de Berlín. Pero aquel cambio en ella había empezado más tarde, en algún momento de septiembre u octubre. De pronto había cambiado, se pasaba los fines de semana fuera y ya no iba a Zehlendorf a verlos. Por excepción, esta vez había sido su mujer la que primero se había enterado de qué clase de luz había aparecido de repente en las tinieblas de abatimiento de su hija.

—Ha encontrado su príncipe encantado —le había dicho Anita lapidariamente.

—No sé nada de eso —había respondido él—. Tiene que ser un auténtico mago, si la ha curado de un día para otro.

—Las chicas de diecinueve años no necesitan magos —había respondido Anita—, les basta y les sobra con un hombre encantador.

—¿Un hombre?

—Bueno, un hombrecito. Tiene veintitrés años.

—¿Es que ya le conoces?

—¿Yo? No. ¿Cómo se te ocurre?

—Está claro que sabes cosas de él.

—Cuando ella te mira lo sabes todo. Solo le he preguntado cuántos años tiene.

Él se había sentido al mismo tiempo alegre e inquieto. Por fin estaba mejor. Eso era bueno. Pero ¿un hombre? ¿Por qué no se había dado cuenta? El trabajo. Había trabajado demasiado. El nuevo plan de turnos. El nuevo plan de seguridad, debido al traslado del Gobierno. Durante tres semanas había tenido más trabajo que de costumbre, y ella se le había escurrido entre los dedos. Él mismo se sobresaltó ante la formulación. No, había superado al fin la decepción de aquel verano y se había enamorado. Y no le había contado nada porque él casi nunca estaba en casa, sus caminos apenas se cruzaban. Le costó trabajo digerir la noticia.

Pero ¿qué relación tenía todo aquello con el montón de papeles que tenía delante? Rubricó de prisa las cuatro primeras páginas. Luego volvió a la primera página y repasó los datos personales. Markus Battin, nacido el 12 de febrero de 1947 en Rostock. Seguían las distintas etapas de su vida en la RDA hasta el traslado a Berlín Oeste en el año 1976. Felizmente, el funcionario había tocado apenas ese tema. Solo le faltaba tener que hablar de la sombría etapa de la RDA. Al parecer su cambio de nombre no constaba en actas. En cualquier caso el policía no le había preguntado por eso, y él no había visto la razón para mencionarlo. Markus Loess había muerto en el invierno de 1975, a la edad de veintinueve años. Ahora se llamaba Markus Battin. Y estaba bien así.

Pasó la hoja y empezó a leer el pasaje en el que había descrito los hechos.

PREGUNTA: Así que la tarde del 23 de noviembre de 1999 recibió usted una llamada telefónica del señor Alsina.

RESPUESTA: Sí.

P.: ¿Recuerda la hora exacta?

R.: Fue entre las cinco y las seis de la tarde. Quizá las cinco y media.

P.: ¿Cuál fue el contenido de la conversación?

R.: Damián... quiero decir, el señor Alsina, llamaba desde el estudio de mi hija. Me pidió que pasara por allí, porque quería enseñarme una cosa.

P.: ¿Por qué le llamó *él* y no su hija?

R.: Eso fue lo que yo le pregunté. Dijo que aún no había llegado. Que tenía que ser una sorpresa.

P.: ¿Le había llamado antes el señor Alsina?

R.: No.

P.: Entonces, ¿cómo es que tenía su número de teléfono?

R.: Creo que sabía para qué empresa trabajo. El número de la centralita está en la guía. Además, tenía el teléfono móvil de Giulietta, y mi número está en la memoria.

P.: ¿Por qué tenía el teléfono de su hija?

R.: No lo sé. Probablemente lo cogió sin más, Giulietta se lo había olvidado en su casa.

P.: ¿Olvidado?

*La gente olvida cosas. Su hija se había olvidado el teléfono en casa. Un proceso sencillo. ¿O lo había dejado a propósito, para que no pudieran localizarla? Pero eso era irrelevante para la policía.*

R.: Sí. Cuando salió para Braunschweig.

P.: ¿Cuándo fue eso?

R.: Ese mismo día. Martes por la mañana.

P.: ¿Y cuándo habló con ella por última vez?

R.: El lunes. El martes intenté localizarla dos veces, pero su teléfono estaba apagado.

P.: ¿Así que el señor Alsina sabía que Giulietta no estaba en la ciudad, y no volvería hasta la tarde siguiente?

R.: Sí.

P.: ¿Qué estaba haciendo en Braunschweig?

R.: Ayudaba a una amiga en una mudanza. No estaba sola. Iba con unas amigas.

P.: Y el señor Alsina aprovechó la ausencia de su hija para reunirse con usted.

R.: Sí. Eso parece.

P.: ¿Cuántas veces se habían visto ustedes antes?

*En ese punto, él había dudado, pero luego había optado por decir la verdad. Hasta hacía una semana, nunca en su vida había visto a aquel hombre. Se trataba de un hecho irrefutable. Tenía que haberle confundido con alguien. Eso resulta convincente a cualquier persona. Desde la caída del Muro, en Berlín ocurrían las cosas más extrañas. Él mismo habría podido mencionar a mucha gente con la que aún tenía una cuenta pendiente. Recordaba muy bien algunas caras del Estado de Obreros y Campesinos. Una confusión pues. Por eso su respuesta fue correcta.*

R.: Una.

P.: ¿Cuándo y dónde?

R.: En nuestra casa.

P.: ¿Le había invitado usted?

R.: Sí. Hacía ya bastante tiempo que Giulietta le conocía, y teníamos curiosidad.

P.: ¿Así que fue una cena familiar?

R.: Puede decirse así.

P.: ¿Cuál fue su primera impresión del señor Alsina?

*¿Debía ser sincero? Desde el principio, no le había gustado. No porque fuera extranjero. Un suabo le habría disgustado igual. Estaba celoso de todos los hombres que iban detrás de su hija. Lo sabía. No podía hacer nada para evitarlo. Giulietta lo era todo para él. Pero se controlaba. Mientras aquellos tipos no la apartaran de su carrera. Ese Damián tenía algo en los ojos que no le gustaba, no le gustaba nada. Pero había logrado reconstruir la maltratada seguridad en sí misma de Giulietta. No se podía evitar el hecho de que un bailarín de tango cualquiera hubiera conseguido esa obra de arte. Partía de la base de que aquello sería pasajero. Conocía a su hija. Tenía una voluntad indomable. El baile clásico era su vida. No iba a dejar colgados de un día para otro diez años de aprendizaje del ballet, a jugarse su carrera por un amorío o a dedicarse a una insignificante pareja de baile. Todo aquello tan solo era una etapa, y ese Damián no era más que una breve etapa dentro de la etapa, una*

*muleta, una parada para tomar aliento. Aquel argentino tenía algo de taimado. A Anita le parecía encantador. Pero el conocimiento del ser humano de Anita no estaba especialmente bien desarrollado. Él se había dado cuenta enseguida de que algo olía mal en Damián. De lo contrario, no estaría en aquel triste despacho para explicar por qué al parecer aquel buitre traicionero no estaba del todo bien de la cabeza.*

R.: Imprecisa. Parecía tímido, de algún modo inseguro. Pero sin duda se debía a que no nos conocía, y se esforzaba por causar buena impresión.

*Aquello sonaba hueco, le pareció con toda la razón. Pero así figuraba. Tacharlo habría resultado extraño. Al fin y al cabo, no le estaban pidiendo un estudio de carácter. Rubricó la página y la pasó.*

P.: ¿Por qué deduce eso?

R.: ¿Tiene hijos?

P.: No. ¿Por qué?

R.: Eso se ve enseguida en los jóvenes. Estaba nervioso. Se mostraba amabilísimo con mi mujer y un tanto reservado conmigo. Típico de los hombres jóvenes que van a conocer a los padres de su novia. Cualquier padre puede confirmárselo.

*Hacer contrapreguntas. Descubrir la ignorancia. La mejor manera de apartarse del tema.*

P.: ¿Y la cena transcurrió de manera totalmente normal?

R.: Sí. Bueno, el señor Alsina se fue muy pronto, porque tenía que acudir a un ensayo.

P.: A un ensayo. ¿Tan tarde?

R.: No era tarde cuando se fue. Quizá las nueve y media. El teatro en el que tuvo lugar la representación, dos días después, estaba ocupado hasta las veintidós horas por otra actividad. Por eso los ensayos tenían que celebrarse por la mañana y a última hora.

P.: ¿Y su hija se quedó en casa con ustedes?

R.: Sí. Todavía pasamos un rato juntos. Pero luego ella fue a recogerlo al ensayo y se quedó en la ciudad.

P.: O sea que esa cena tuvo lugar el miércoles por la noche, más exactamente el 17 de noviembre. La obra se representó el viernes, sábado y domingo. El martes siguiente su hija fue a Braunschweig, y esa misma noche recibió usted aquella llamada del señor Alsina.

R.: Sí.

P.: ¿No fue a ver la obra?

R.: No.

P.: ¿Y su esposa?

R.: Tampoco. ¿Por qué? ¿Tiene alguna importancia?

P.: No, no necesariamente. Usted ya ha dicho que no volvió a ver al señor Alsina hasta ese martes. Vayamos pues al día de los hechos. ¿Usted no sabía que su hija se había ido a Braunschweig?

R.: No.

P.: Y el señor Alsina sabía que usted no lo sabía.

R.: Eso supongo.

P.: ¿Tiene una explicación de por qué Giulietta fue a Braunschweig sin su conocimiento?

R.: Mi hija es una adulta. Al menos así es como la tratamos.

P.: ¿Lo sabía su mujer? Lo del viaje a Braunschweig, quiero decir.

R.: No. ¿Por qué lo pregunta?

P.: Bueno, me pongo en el lugar del señor Alsina. Les ha tendido una trampa. Solo pudo hacerlo porque partía de la base de que ni usted ni su mujer sabían que Giulietta no estaba en Berlín. Pero, ¿por qué iba Giulietta a ocultarles ese viaje a Braunschweig?

*Al llegar a ese punto, había entendido adónde quería ir a parar el funcionario. Giulietta había viajado en secreto a Braunschweig. Damián lo sabía. ¿Y por qué había viajado en secreto? Porque no siempre era sincera con sus padres. ¿Por qué no siempre era sincera? Lo había visto escrito literalmente en la frente del funcionario.*

R.: Quizá porque no quería inquietarnos.

P.: ¿Inquietarles? Su hija tiene diecinueve años, casi veinte. ¿Qué tiene de especial ir de Berlín a Braunschweig?

R.: Usted sabe que los últimos meses no habían sido del todo fáciles para ella. Quizá mi esposa y yo habíamos exagerado un poco nuestra preocupación, y se sentía agobiada. Los jóvenes reaccionan a menudo así. Uno quiere ayudarlos, y ellos lo sienten como una injerencia en sus asuntos y hacen de cualquier tontería un secreto.

P.: Señor Battin, ¿qué relación tiene con su hija?

R.: ¿En qué sentido?



P.: Bueno, cuando un joven atrae a una emboscada al padre de su novia, al que ha visto una sola vez en su vida, se plantean algunas preguntas. Posiblemente el señor Alsina esté loco...

R.: ... si me lo pregunta, esa es exactamente mi opinión...

P.: ... ¿o quizá ha visto en usted a un competidor, porque mantiene una relación muy íntima con su hija? No quiero apremiarle con esto, pero el señor Alsina debe de haber tenido algún motivo. ¿Puede ser que haya imaginado que entre usted y su hija existe algo que podría poner en peligro su relación con Giulietta? ¿Estaba quizá celoso de usted? Naturalmente, no tiene por qué contestar. En última instancia, estamos investigando sobre la misteriosa conducta del señor Alsina, no a usted.

R.: No, no, sé a lo que se refiere. Por favor. Mi hija es una chica extraordinariamente atractiva, una hermosa mujer, hay que decirlo. Mi hija tiene una relación muy estrecha conmigo. Si lo que quiere saber es si andamos desnudos por nuestra casa...

P.: No quería decir eso...

R.: En cualquier caso, hasta ahora ningún novio que mi hija haya traído a casa me ha acechado después a escondidas.

P.: Solo estoy pensando en voz alta, señor Battin. Si atribuyo algo a alguien no es a usted, sino al señor Alsina. ¿Quizá se deba a que el señor Alsina es argentino? Un malentendido cultural.

R.: Todo es posible. No sé nada acerca de Argentina.

*Repasó varias veces el fragmento. ¿Había revelado algo? ¿Revelado? No había nada que ocultar, al menos no a ese nivel del "interrogatorio", como lo llamaban aquí. No, había respondido bien. El funcionario había cambiado de tema. Que creyeran lo que quisieran. Volvió a rubricar y siguió leyendo.*

P.: Volvamos a ese martes por la tarde. Antes dijo que el señor Alsina le había pedido que fuera a su estudio porque Giulietta y él querían enseñarle algo.

R.: Sí.

P.: ¿No le pareció extraño? Quiero decir, en realidad es su hija la que tendría que haberle llamado, ¿no?

R.: Sí, claro. Desde luego que me pareció extraño. Apenas le conocía. Enseguida intenté hablar con Giulietta, pero su teléfono estaba apagado.

P.: ¿Y eso no le hizo desconfiar?

R.: Desconfiar no. Me inquietó un poco, quizá.

P.: ¿Así que no lo consideró normal?

R.: No.

P.: ¿Hablaron de lo que supuestamente Giulietta quería enseñarle?

R.: No, no fue necesario. Yo sabía en qué estaba trabajando con él. Durante la cena, había dicho incluso que me gustaría ver alguna vez el solo.

P.: ¿Qué es eso del solo?

R.: ¿Entiende usted un poco de ballet?

P.: No, no mucho. Lo siento.

R.: Mi hija tiene un contrato de suplente en la Staatsoper, pero también trabaja en otros sitios. En la ópera, durante la próxima temporada, se va a representar un ballet en forma de tango. En la escuela de baile no practican este género, y Giulietta se sentía insegura. Ha crecido con Tchaikovsky y Adolphe Adam. Al parecer, el tango vuelve a estar de moda, y de alguna manera ella entró en contacto con gente de ese ambiente aquí en Berlín. Así conoció a ese bailarín. El señor Alsina le dio unos cuantos consejos para entender mejor esa música, y yo sentía curiosidad por saber en qué había terminado aquello.

P.: Vamos a reconstruir la tarde de aquel martes. Después de salir del trabajo, usted va al 31 de la Gsovskystrasse, aparca el coche y se dirige cruzando el patio a la parte trasera del edificio. ¿Hubo algo que le llamara la atención cuando cruzó el patio?

R.: No.

P.: ¿Estaba usted familiarizado con aquel lugar?

R.: Sí, compré el estudio hace un año.

P.: ¿Su hija practica allí?

R.: No. Diría que vive allí.

P.: Pero está empadronada en Zehlendorf.

R.: Durante los últimos dos cursos, estaba tan tensa que quisimos ahorrarle el desplazamiento desde Zehlendorf a Prenzlauer Berg. Ella quería a toda costa un local como ese, y la oferta era buena. Naturalmente se podía entrenar en él, incluso hay una barra y un espejo, pero los bailarines de ballet no pueden trabajar solos. Si nadie les corrige, puede resultar nocivo. Pero siempre se pueden hacer extensiones y estiramientos. En cualquier caso, ella no quería una vivienda normal, sino un estudio como ese. Entretanto, se ha convertido en una especie de vivienda.

P.: Entonces, ¿desde cuándo vive de forma permanente en el estudio?

R.: Yo no he dicho que viva de forma permanente allí.

P.: Señor Battin, no lo pregunto por el cambio de domicilio, puede usted olvidarse de eso. Aquí de lo único que se trata es del asunto Alsina.

R.: Desde el principio de su contrato con la Staatsoper, es decir, desde mediados de agosto, apenas va a Zehlendorf. Sin duda a eso lo llaman cortar el cordón umbilical.

P.: ¿Su hija estudió aquí, en Berlín?

R.: Sí, en la escuela estatal de ballet.

P.: Así que usted sube en ascensor a la quinta planta y entra en el estudio. El señor Alsina le saluda. Se quita usted el abrigo y pregunta por Giuletta.

R.: Sí. Así fue.

P.: ¿Qué sucedió entonces?

R.: Estaba al lado del perchero, iba a darme la vuelta, cuando de pronto un saco cayó sobre mí. En ese mismo instante me dió una patada en las corvas y caí de rodillas. Cuando me recobré del primer sobresalto quise pedir ayuda, pero él me tapó la boca. Recibí un puñetazo en el estómago. Me derrumbé, doblado sobre mí mismo, y él aprovechó para terminar de atarme. Luego me quitó el saco, me liberó la cabeza y me puso un esparadrapo en la boca. Luego me vendó los ojos y me llevó a rastras al estudio, me tiró en una silla y me ató con fuerza. Al final me quitó la venda, pero reforzó la mordaza.

P.: Y durante todo ese tiempo no dijo una palabra. ¿No le insultó, no le reprochó nada? ¿Lo maldijo? ¿Le ofendió?

R.: No dijo nada. No, ni una palabra.

P.: Durante todo el tiempo en que estuvo usted atado a la silla, ¿no le dirigió la palabra ni una sola vez?

R.: No. Ni una sola vez.

P.: El incidente tuvo lugar el martes hacia las diecinueve horas. El señor Alsina salió de Berlín el miércoles, en el avión de las diez, con dirección a Frankfurt, desde donde tomó al atardecer el vuelo de conexión a Buenos Aires. Abandonó el estudio en algún momento de la noche del martes al miércoles. Eso significa que abandonó el estudio, estuvo fuera unas horas, regresó y luego se fue definitivamente. ¿Es correcto?

R.: Sí. Yo no tenía ninguna posibilidad de medir con precisión el tiempo, pero a grandes rasgos es cierto. Después de atraparme y atarme, ni él mismo parecía saber qué hacer. Estuvo dando vueltas a mi alrededor, pero no hacía nada. Yo tenía miedo, y me sentí aliviado cuando al fin se fue. Tuvo que haber sido alrededor de las veintidós horas, porque oí el reloj de una torre.

P.: ¿Y durante todo ese tiempo no dijo una sola palabra?

R.: No.

*Releyó varias veces el fragmento y recordó aquellos instantes interminables, los extraviados movimientos de aquel demente, la forma de caminar por la estancia delante de él, a lo largo del frontal de ventanas, cómo se detenía, lo miraba con aquella mirada de loco. Las palabras del argentino seguían resonando en él. Pero se guardaría mucho de contarlo. ¡Qué locura!*

R.: Yo no podía hablar por la mordaza. No le oí una sola palabra. No dijo nada, absolutamente nada.

P.: ¿No hubo ninguna otra forma de comunicación entre ustedes? ¿Gestos, miradas; algo que pueda darnos un indicio de los motivos del señor Alsina?

R.: Mi lenguaje gestual estaba limitado, como se puede usted imaginar.

P.: Sobre las diecinueve horas lo retuvo a usted. Ha dicho que abandonó el estudio en torno a las veintidós horas, para volver después. Eso son tres horas. Quiero decir, que pasó tres horas con usted en el estudio. Tuvo que estar haciendo algo.

R.: Fumaba cigarrillos.

P.: ¿Caminaba? ¿Le miraba? ¿Usted podía ver lo que hacía?

R.: No. No podía verle. Sentía que estaba allí. Además, a veces oía sus pasos cuando se movía. Pero no pasó por delante de mí ni una sola vez.

P.: ¿Cómo era la iluminación?

R.: Apagó las luces del techo. Hasta donde pude distinguir, la única luz que estaba encendida era la lamparita de noche junto al sofá cama.

P.: ¿No hizo usted ningún intento para liberarse?

R.: Durante la primera hora, no me moví. No sé si puede usted imaginar qué se siente cuando una persona furiosa lo somete y amarra sin motivo. No soy una persona temerosa, pero automáticamente uno piensa en lo peor.

P.: Se equivoca. Me lo imagino muy bien.

R.: Al cabo de un rato, realmente no sé cuánto, empezaron a dolerme las articulaciones, y traté de cambiar de postura. Hice ruido al deslizarse la cinta adhesiva. Alsina no reaccionó.

P.: ¿Estuvieron tres horas juntos en aquella estancia sin decir una palabra?

R.: Sí. Yo no podía hablar. Y él no dijo nada.

P.: ¿Y luego, simplemente, se fue?

R.: Sí. Por eso creo que tiene un grave trastorno mental. No soy psicólogo, pero ¿cómo explicar esto si no? Cuando desapareció, al principio respiré aliviado, pero no durante mucho

tiempo. Mi situación no había cambiado, y él podía volver en cualquier momento, con un bidón de gasolina o con un hacha... Sé que ahora esto suena demente y exagerado, pero son los pensamientos que a uno se le pasan por la cabeza en una situación así.

R.: No, señor Battin, no suena demente en absoluto. Por eso estamos tan interesados en saber todos los detalles, y no entendemos por qué no quiere usted presentar una denuncia. Es posible que el señor Alsina esté realmente enfermo, peligrosamente enfermo, y sin una denuncia nosotros no podemos hacer nada.

P.: Tampoco podrían hacer nada con una denuncia.

R.: Eso ya lo hemos discutido antes. ¿Mantiene su negativa a presentar denuncia contra el señor Alsina?

P.: Sí. No puedo hacerle eso a mi hija.

R.: Bien. El resto de las manifestaciones al respecto son irrelevantes para el acta.

*Hubo una pausa de cinco minutos. El interrogatorio se reanuda a las 16:43.*

P.: Volvamos a la noche que pasó usted atado a una silla. ¿Dice que el señor Alsina regresó después?

R.: Sí, es correcto.

P.: ¿Sabe más o menos qué hora era?

R.: No.

P.: ¿El reloj de la torre ya no sonaba?

R.: En algún momento di una cabezada, y desperté sobresaltado cuando él abrió la puerta. Se me acercó, pero no se ocupó de mí. Reunió algunos objetos. Luego todo quedó a oscuras, y él desapareció.

P.: ¿Así que antes la luz estaba encendida?

R.: Sí. La lámpara que había junto al sofá se quedó encendida la primera vez que se fue.

P.: La verdad es que todo es bastante extraño.

R.: Ya lo creo.

P.: ¿Su hija le encontró el miércoles por la noche?

R.: Sí.

P.: El miércoles por la mañana su mujer presentó una denuncia por desaparición. ¿A esa hora su hija aún no sabía que había desaparecido?

R.: No. Estaba en Braunschweig, ayudando a su amiga en la mudanza. No llevaba el teléfono encima. Mi mujer no sabía dónde encontrar a Giuletta. Como no volví a casa en toda la

noche, mi mujer se asustó y llamó a la policía; su reacción me parece comprensible. Llevamos veintiún años casados, uno sabe cuando algo no está bien. Nunca hubiera dejado pasar una noche entera sin saber dónde estaba.

P.: Lógico. ¿A su esposa no se le ocurrió buscarle en el estudio de Giuletta?

R.: Probablemente no. Quizá en algún momento lo pensó, pero yo no le había contado a mi mujer que había quedado con Damián y mi hija en el estudio. Fué una cita imprevista. Tampoco localizaba a Giuletta. Por eso mi mujer estaba doblemente inquieta y alarmó a la policía.

P.: ¿Así que Giuletta lo encontró por casualidad, cuando regresó a su estudio?

R.: Sí.

P.: ¿No sabía nada de la denuncia por desaparición, ni de la preocupación de su madre?

R.: En efecto. Venía directamente de Braunschweig, y sin duda esperaba encontrar en su estudio a Damián.

P.: ¿Tenía una llave del domicilio de su hija?

R.: Está claro que sí.

P.: Al verlo en el estudio tuvo que darse un buen susto.

R.: Usted lo ha dicho.

P.: ¿Recuerda qué hizo ella cuando le descubrió?

R.: Me quitó la cinta adhesiva de la boca y preguntó qué había ocurrido.

P.: ¿Y usted se lo dijo?

R.: Le pedí que me quitara el resto de la cinta adhesiva y llamara enseguida a Anita..., quiero decir, a mi mujer, para que supiera dónde estaba.

P.: ¿Y lo hizo?

R.: Sí. Puede usted imaginar que todo fue un poco confuso. Tendría que haber llamado yo mismo para tranquilizar a mi mujer, y no se habría producido esta intervención, un tanto exagerada, de la policía. No quiero criticar a nadie, ustedes solo cumplían con su deber, pero le dieron a todo esto un dramatismo desproporcionado.

P.: Teníamos una denuncia por desaparición, y luego una sospecha de secuestro. No es ninguna pequeñez, ¿sabe?

R.: Conozco la jerga del oficio, yo mismo tengo que ver con él. En todo caso, fue exagerado. Al fin y al cabo, no había ocurrido nada. El mayor daño lo ha sufrido mi hija, y la policía no es del todo inocente en eso. Es lo único que quiero decir al respecto. Una denuncia no nos aporta nada. No haría más que empeorar el estado emocional de mi hija. Está completamente

confundida. Por eso no quiere hablar con ustedes. Habría deseado un poco más de sensibilidad.

P.: Hay una carta de despedida dirigida a su hija, ¿verdad?

R.: Sí.

P.: ¿La ha leído usted?

R.: No, aún no.

P.: ¿Cómo llegó esa carta a manos de su hija?

R.: Estaba en el buzón.

P.: ¿En qué buzón?

R.: En el del estudio de Giulietta.

P.: ¿Conoce el contenido?

R.: No. Supe que había una carta cuando regresé del hospital.

P.: ¿Sabe más o menos lo que ponía en ella?

R.: No. Mi hija reaccionó de manera muy emocional a todo el asunto, y no he podido hablar con tranquilidad con ella. Estoy seguro de que me enseñará la carta en los próximos días y, si usted quiere, entonces podré comunicarle su contenido, suponiendo que ella esté de acuerdo. Si me pregunta mi opinión, no es más que una oscura carta de despedida.

P.: ¿Está seguro de que la carta no contiene ninguna explicación de este incidente? ¿Algún motivo?

R.: Sí. Si así fuera, Giulietta me lo habría dicho.

P.: Señor Battin. Si su hija no hubiera ido a su estudio aquella noche, habría pasado una noche más en aquella silla, ¿no?

R.: Sí. No podía moverme.

P.: Y, si hubiera ido al tercer o cuarto día, probablemente usted hubiera muerto de sed. ¿Es correcto?

R.: En el peor de los casos, sí. Aunque eso es muy improbable.

P.: El señor Alsina no tomó ningún tipo de medidas para evitar de algún modo el riesgo mortal en el que le ponía. Ni le dejó suficiente margen de actuación para poder asegurar su supervivencia básica ni informó a sus allegados. Nada parecido. Una desdichada concatenación de azares, y usted hubiera perecido miserablemente en el estudio de su hija, ¿no? Esta pregunta es muy importante. Así que le ruego que piense bien la respuesta.

R.: Asumió la posibilidad de que me podía ocurrir algo. Ni dejó una tijera a mi alcance ni informó a Giulietta o a mi mujer. No, simplemente tuvo suerte; o, mejor dicho, la tuve yo.

P.: El señor Alsina y su hija mantenían una relación amorosa, ¿verdad?

R.: Sí, se puede llamar así.

P.: ¿Sabe más o menos desde cuándo?

R.: Se conocieron en septiembre.

P.: ¿Sabe exactamente cuándo?

R.: No.

P.: ¿Conoce las circunstancias exactas de ese encuentro?

R.: Como ya he dicho, Giulietta estaba preparándose para todo tipo de citas para ensayar. Estaba bastante baja de ánimo porque era una de las pocas de su clase que aún no había conseguido un empleo fijo. Tan solo esa plaza de suplente en la Staatsoper. Así al menos podía entrenarse y tenía la oportunidad de hacer sustituciones si alguien de un cuerpo de baile caía enfermo. Tenía dudas terribles acerca de sí misma. Le resultaba difícil aceptar que había realizado numerosas pruebas y verse en el ejercicio de barra ya excluida. Nada le salía bien. Cuando consiguió aquel puesto de suplente en la Staatsoper, se sintió un poco mejor, y tenía la intención de intentarlo en primavera en la Deutsche Oper, porque lo previsible era que en la Staatsoper no iba a quedar ningún puesto libre en un tiempo razonable. Entonces descubrió aquel ballet-tango en el programa de la Deutsche Oper. La música está completamente fuera de repertorio. Quiso familiarizarse un poco con la música de tango y preguntó en Berlín. Así fue a dar con el señor Alsina. No sé nada más concreto.

P.: ¿Así que hacía más o menos dos meses que se conocían?

R.: Sí.

P.: No tiene que responder a esta pregunta, pero aún así se la voy a hacer: ¿Su hija estaba enamorada?